

Charles Powell

Madrid, 1960. Historiador. Publica 'El amigo americano'.

«EEUU quiso meter a Franco en la OTAN»

Washington no movió los hilos para acercar la democracia a España, sino que su relación fue por interés. Esto sostiene el autor de 'El amigo americano', una investigación que retrata –y deja en mal lugar– la actitud que Norteamérica mantuvo hacia España en los años 70 y 80.

POR JUAN FERNÁNDEZ

En el despacho de Charles Powell, madrileño de padre inglés y madre española, hay un armario con documentos internos que emitió el Departamento de Estado norteamericano sobre España entre 1969 y 1981. Perderse en esta suerte de *wikileaks* en conserva equivale a poner el ojo en la mirilla del pasado más reciente, visto a través de los cristales del país más poderoso. La Historia ocurre en directo, sin intermediarios y con la crudeza de los archivos reservados. Con este material, Powell ha compuesto el relato de las relaciones que EEUU mantuvo con España durante esos años cruciales. Su título, *El amigo americano* (Galaxia Gutenberg-Círculo de Lectores), es un ejercicio de ironía.

—¿Qué ha encontrado al sumergirse en estos papeles?

—Ha sido fascinante, porque las fuentes eran muy buenas, dada la locura de Nixon, quien en febrero de 1971 decidió poner micrófonos en todos los despachos donde él estuviera. Por cierto, los jefes de Estado que le visitaban no sabían que estaban siendo grabados, lo que técnicamente es un delito. Lo hizo por megalomanía, pensando que todo lo que él hacía debía quedar para la historia. En términos de justicia poética, fue bonito que esa manía acabara con él, por el caso Watergate. Por la boca muere el pez. El resultado es que tenemos ingentes cantidades de horas grabadas y transcritas. Es como un guión de cine, hay mucha acción.

—¿Se ha llevado muchas sorpresas? —Las hay grandes y anecdóticas. Es



«La Administración Nixon veía a España como una finca donde tenía sus bases»

«La CIA no mató a Carrero. A lo sumo, este le debe dos días de vida a Kissinger»

muy divertido leer lo que decía Kissinger, que era un deslenguado y hablaba mal de todo el mundo a todo el mundo. A Deng Xiaoping le contó que Franco moriría con las botas puestas porque su mujer no quería irse a vivir lejos del Pardo. De los Borbones dijo que eran un desastre. Mi mayor sorpresa ha sido descubrir lo vulnerable que era EEUU en aquella época, en contra de lo que mundialmente se percibía. Vietnam y el Watergate debilitaron mucho a Washington, que fue incapaz de gestionar lo que pasaba a su alrededor. Por ejemplo, les sorprendió tanto la revolución portuguesa y el temor a que entraran comunistas en el gobierno que Kissinger planteó echar a Portugal de la OTAN y poner en su lugar a la España de Franco.

—¿Llegó a proponerlo así?

—Sí. Los europeos dijeron que no, argumentando que en España había una dictadura que no les gustaba ni un pelo. A Kissinger eso le daba igual. Norteamérica veía a España como una finca donde, en vez de construir, tenía bases. Manifestaron un desprecio enorme. Nixon y Kissinger pensaban que los países latinos no saben vivir en democracia.

—Se les suponía defensores de los valores democráticos.

—En EEUU siempre hubo una fuerte tensión entre los valores y los intereses, y durante la guerra fría primaron estos sobre aquellos. Su análisis de la situación española fue interesante: había que apoyar la llegada de la democracia porque solo así podríamos ingresar en la OTAN y la Comunidad Europea, que era lo que garantizaban la permanencia de Espa-



Charles Powell, en su despacho del Real Instituto Elcano, en Madrid, la pasada semana.

ña en el bloque occidental cuando faltara Franco. Pero nunca demostraron un entusiasmo por la democracia en sí, sino por utilitarismo.

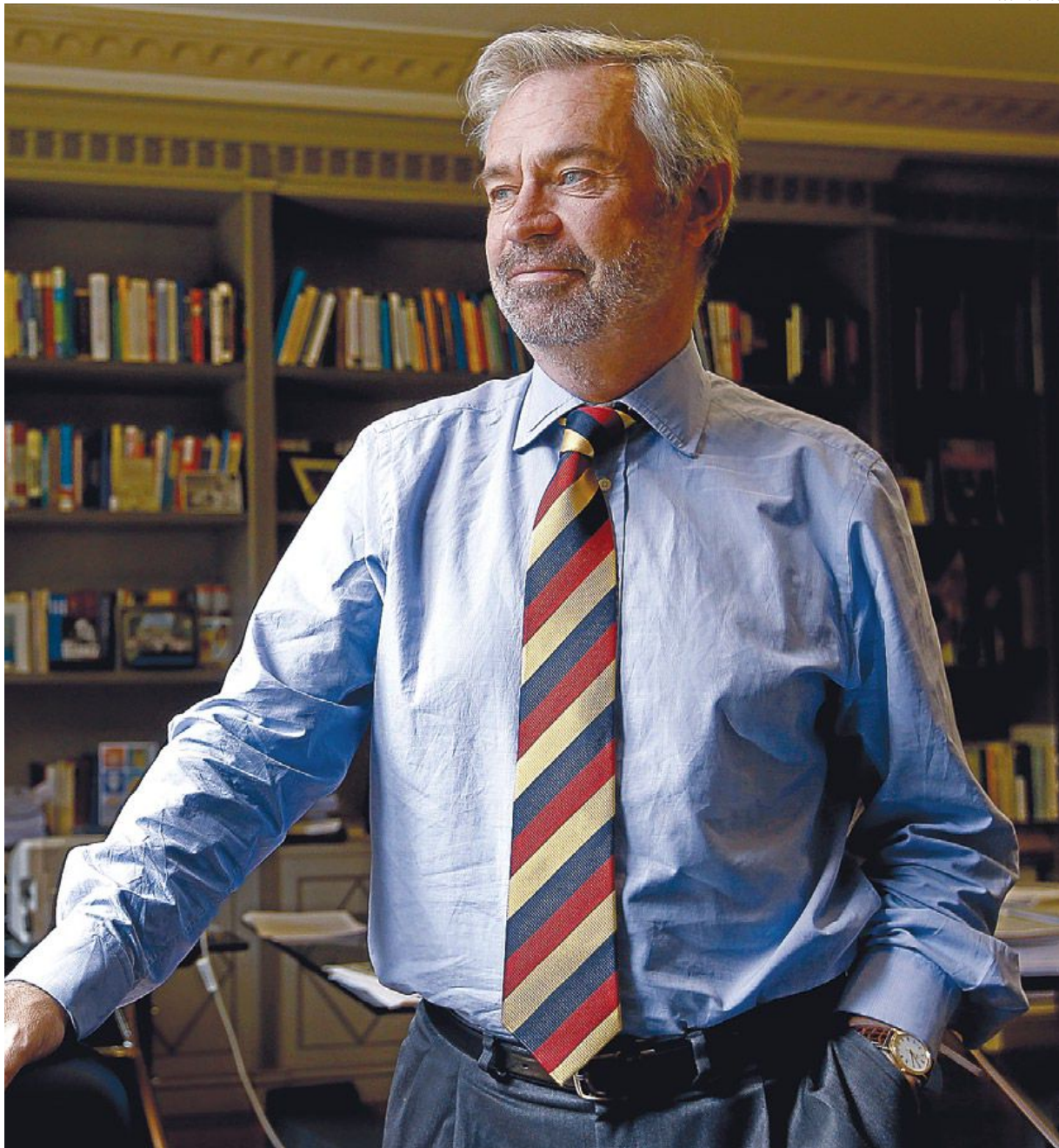
—Entonces ¿la democracia española le debe algo a EEUU?

—Muchos piensan que su apoyo facilitó el desarrollo económico, gracias al acuerdo de las bases, y que esto acabó trayendo la democracia. Puede, pero ellos nunca actuaron así buscando ese final, sino que este fue una consecuencia no buscada, y en algunos casos no deseada. Washington fingió ser equidistante, pero había tomado parte, porque apoyó a Franco desde 1953 e hizo muy poco por debilitar al régimen cuando se veía ya su final. Al fin y al cabo él era su gran aliado. Ellos pensaban invertir en el futuro sin desinvertir en el pasado. La prueba es que mandaron a la misma persona al entierro de

Franco y a la coronación del rey. Lo mejor que hicieron los norteamericanos en relación a la democracia española fue apoyar al Rey.

—¿Ahí sí se mojaron?

—Al principio tuvieron dudas sobre él. Kissinger hizo bromas sobre su inteligencia. Para ellos era un desconocido que no expresaba sus opiniones. Ahí sí fueron muy habilidosos para atraerle hacia ellos, y lo invitaron en 1971. En realidad ese viaje no se hizo para que los norteamericanos conocieran al príncipe, sino para que los españoles vieran por primera vez a Juan Carlos hablando en inglés. El otro momento clave es el 2 de junio de 1976, cuando el Rey pronunció su discurso en el Capitolio. Pero es curioso porque, mientras los congresistas le pedían que diera pasos hacia la democracia, Kissinger le decía a Areilza: «Go slowly» («vayan



JOSÉ LUIS ROCA

que su visita retrasó los planes del atentado de ETA.

–Si la fijación de Washington era que España entrara en la OTAN, debieron de ver con malos ojos que ganara el PSOE, el de «OTAN, de entrada no».

–Sí, pero ya durante la campaña electoral de 1982 se tranquilizaron, porque vieron que esa salida de la OTAN no se produciría. Hablaron con Solana y Narcís Serra, y el único que les preocupó un poco fue Fernando Morán, porque le vieron muy antiamericano y radical, pero pronto entendieron que el ministro de Exteriores *de facto* iba a ser Felipe, como así ocurrió. González manejó muy bien la relación de España con los americanos. Supo ser un buen aliado crítico. Su relación con Reagan fue buena, pero con Bush padre fue aún mejor.

–Hay quien piensa que el cénit de las relaciones entre España y EEUU llega cuando Aznar puso los pies encima de la mesa en el rancho de Bush hijo.



«Norteamérica se abrumó por el subidón de cariño que tuvo Aznar»

–Aznar pensó que España podía tener una relación preferente con EEUU, casi como la que mantiene Reino Unido, pero eso lo decidió él por su cuenta, de espaldas a la opinión pública, a su partido y a su Gobierno. Nisiquiera los norteamericanos lo entendieron. En aquella época, cuando iba al Departamento de Estado, me hacía mucha gracia que los diplomáticos me preguntaban: «Esto está muy bien, pero ¿qué podemos ofrecerle a cambio?». Los norteamericanos se abrumaron por el subidón de cariño que tuvo Aznar y dedicaron mucho tiempo a averiguar cómo podían agradecerle aquel interés. Eso demostraba lo equivocada que estaba la visión de Aznar.

despacio») y, por supuesto, excluyen al partido comunista, porque eso solo le traerá problemas. Kissinger no tenía ninguna impaciencia por ver al Rey avanzando hacia la democracia. No es que fuera un inmoral, en realidad era un amoral.

–Según los documentos que ha manejado, ¿la CIA pudo tener algo que ver en la muerte de Carrero Blanco?
–Esa teoría no tiene ningún sentido. Carrero era el defensor más entusiasta de la relación con EEUU. Fueron los soviéticos quienes alimentaron esta leyenda para poner en duda la relación de Franco con los norteamericanos, y esta teoría la compraron algunos periodistas españoles sin aportar nunca ningún dato. En realidad, la única relación que hubo entre la CIA y la muerte de Carrero Blanco fue que este tuvo dos días más de vida gracias a Kissinger, por-

UN MOMENTO

Un anglosajón con pasaporte español

Charlar con Charles Powell (Madrid, 1960) ofrece la experiencia de tratar con un anglosajón que, según le dé la luz, brilla totalmente español. Recibe con maneras de diplomático en su despacho del Real Instituto Elcano –el *think tank* dedicado a analizar la proyección mundial de España, donde Powell elabora los estudios más certeros y fundados que se publican acerca de la dimen-

sión internacional del país–, y a su afluencia latina se le escapa cada dos por tres la dicción exacta de los topónimos anglosajones que solo un nativo de la lengua inglesa puede tener. No en vano, este hijo de británico y española lleva 25 años mirando a España con ojos de extranjero, y al mundo, con pasaporte español.

Licenciado y doctor en Historia por Oxford, Powell ha consagrado su carrera profesional a ofrecer una visión rigurosa y libre de prejuicios acerca del pasado más reciente de

nuestro país. Unas veces lo hizo desde la docencia (dio clase en la propia Universidad de Oxford y ahora lo hace en la San Pablo-CEU de Madrid); otras, desde instituciones como la Fundación Ortega y Gasset (donde fue subdirector del Centro Español de Relaciones Internacionales antes de convertirse en el subdirector de Investigación y Análisis del Instituto Elcano) y otras, a través de sus ensayos, como *El piloto del cambio* y *España en democracia 1975-2000*, en cuyas páginas disecciona el último cuarto de siglo de la historia de España con el rigor cirujano típico del hispanista británico, pero también con la cercanía del que ve salir el sol cada día desde el corazón de la península ibérica.

–¿Y ahora cómo estamos?

–Tras Aznar vino el siguiente bando, y ahora estamos en una situación más equilibrada, gracias al cambio de administración de EEUU. Pero hoy hay una crisis económica brutal y España ha perdido mucho peso. Existen muchas dudas sobre la *marca España*, que antes infundía confianza. Y esto lo impregna todo.

–¿La diplomacia en tiempos de Wikileaks ha de ser diferente?

–Yo no soy partidario de Wikileaks porque temo que la calidad de la documentación se deteriore. Los autores de los informes terminarán autocensurándose ante la eventualidad de que sus palabras salgan a la luz, no 30 años después, sino 30 días después, lo que puede afectar a sus carreras. Se acabará acudiendo a otro tipo de procedimientos, lo que hará más difícil la labor de los historiadores. ≡